

LA TRANSFIGURACIÓN - NO OS ENOJÉIS POR EL CAMINO

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

Texto extraído de la **Introducción a la vida devota** de san Francisco de Sales (Tercera Parte, Cap. VIII) en el que el Santo nos invita a elegir las virtudes, y nos habla de las bondades de la **AMABILIDAD**.

DE LA AMABILIDAD PARA CON EL PRÓJIMO Y DE LOS REMEDIOS CONTRA LA IRA

El santo Crisma, que, por tradición apostólica, emplea la Iglesia en las confirmaciones y bendiciones, está compuesto de aceite de olivo mezclado con bálsamo, y representa las dos virtudes más apreciadas que resplandecen en la sagrada persona de Nuestro Señor, y que Él nos recomendó singularmente, como si, por ellas, nuestro corazón hubiese de estar especialmente consagrado a su servicio y aplicado a su imitación: «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón¹». La humildad nos perfecciona con respecto a Dios, y la amabilidad con respecto al prójimo. El bálsamo, que, como he dicho, queda siempre debajo de todos los demás licores, representa la humildad, y el aceite de oliva, que siempre queda encima, representa la dulzura y la benignidad, que sobrepuja todas las cosas y predomina entre las demás virtudes, como flor que es de la caridad, la cual, según San Bernardo, es perfecta cuando no sólo es paciente, sino también amorosa y benigna². Pero procura, Filotea, que este crisma místico, compuesto de amabilidad y de humildad, esté dentro de tu corazón; porque es uno de los grandes artificios del enemigo hacer que muchos se complazcan en las palabras y en los modales exteriores de estas dos virtudes, y que, dejando de examinar sus afectos interiores, se imaginen que son humildes y amorosos, sin que lo sean en realidad, lo cual se conoce, porque, a pesar de su ceremoniosa humildad y dulzura a la menor palabra molesta que se les diga, a la menor injuria que reciban, se yerguen con una arrogancia sin igual. Se dice que los que han tomado el preparado, vulgarmente llamado «gracia de San Pablo», no se hinchan, aunque sean mordidos o picados por la víbora, con tal que la «gracia» sea de buena calidad. De la misma manera, cuando la humildad y la dulzura son buenas y verdaderas, nos inmunizan contra la hinchazón y contra el ardor que las injurias suelen provocar en nuestros corazones. Y, si después de haber sido picados o mordidos por los maldicientes o por los enemigos, nos sentimos alterados, hinchados o despechados, señal es de que nuestra humildad y amabilidad no son verdaderas y francas, sino artificiosas y aparentes.

¹ Mateo 9, 29

² Tract, de Charitate, V.

Aquel santo e ilustre patriarca José, cuando envió a sus hermanos de Egipto a la casa de su padre, sólo les hizo esta advertencia: «No os enojéis por el camino³». Lo mismo te digo, Filotea: esta miserable vida no es más que un camino hacia la bienaventuranza; no nos enojemos, pues, los unos con los otros, en este camino; andemos siempre agrupados con nuestros hermanos y compañeros, dulcemente, pacíficamente, amigablemente. Advierte que te digo con toda claridad y sin excepción alguna, que, a ser posible, no te enojés nunca, ni tomes pretexto alguno, sea cual fuere, para abrir la puerta de tu corazón a la ira, porque dice Santiago, sin ambages ni reservas, que «la ira del hombre no obra la justicia de Dios⁴».

Es menester, ciertamente, oponerse al mal y reprimir los vicios de los que están bajo nuestro cuidado, con constancia y con tesón, pero dulce y suavemente. Nada sosiega tanto al elefante airado como la vista de un corderito, ni nada para con más facilidad el golpe de los cañonazos como la lana. La corrección que procede de la pasión, aunque vaya acompañada de la razón, nunca es tan bien recibida como la que no tiene otro origen que la razón sola; porque el alma racional, por estar naturalmente sujeta a la razón, sólo se sujeta a la pasión por la tiranía, por lo cual, cuando la razón anda acompañada de la pasión, se hace odiosa, pues su justo dominio queda envilecido al asociarse con la tiranía. Los príncipes honran y consuelan infinitamente a los Pueblos cuando los visitan en son de paz, pero cuando llegan al frente de los ejércitos, aunque sea para el bien público, su presencia siempre es desagradable y dañosa, porque, por más que se esfuercen en hacer observar exactamente la disciplina militar entre los soldados, nunca pueden, empero, evitar algún desorden, por el que los hombres de bien son atropellados. Así, cuando reina la razón y ejecuta serenamente los castigos, las correcciones y las reprensiones, aunque lo haga con rigor y exactitud, todos la aprecian y la aprueban; pero cuando va acompañada de la ira, de la cólera y enojo, que, como dice San Agustín⁵, son sus soldados, se hace más espantosa que amable, su propio corazón queda siempre pisoteado y maltratado: «Vale más, dice el mismo santo escribiendo a Profuturo⁶, cerrar las puertas a la ira justa y equitativa, que abrírseles, por insignificante que sea, porque, una vez ha entrado, es difícil hacerla salir, ya que entra como pequeño retoño y, en un momento, crece y se convierte en tronco». Si el enojo puede llegar a la noche y el sol se pone sobre nuestra ira (cosa que el Apóstol⁷ prohíbe), se convierte en odio, y casi no hay manera de deshacerse de ella, porque se alimenta de mil persuasiones falsas, ya que jamás el hombre airado cree que sea injusta su ira.

Es, pues, mejor esforzarse a saber vivir sin ira que querer emplearla con moderación y prudencia, y, cuando, por imperfección o debilidad, nos vemos sorprendidos por la misma, es preferible rechazarla enseguida a querer pactar con ella, pues por poco cumplimiento que se le dé, se hace dueña de la plaza, y hace como la serpiente, que, con facilidad, logra meter todo el cuerpo allí donde ha podido meter la cabeza. Pero me dirás: ¿cómo la rechazaré? Es preciso,

³ Génesis 45, 24

⁴ Sant., I, 20.

⁵ De Civitate Dei, XIV, 19.

⁶ Ep, XXXVII, 2,

⁷ Efesios, 1V, 26. Defiende = “prohíbe”

Filotea, que, al advertir el primer resentimiento, reúnas tus fuerzas con presteza, pero sin brusquedad ni ímpetu, sino dulce y seriamente a la vez; porque, así como en los senados y en los parlamentos, meten más ruido los oficiales gritando: «¡Silencio! », que aquellos a los cuales quieren hacer callar, de la misma manera, al querer reprimir nuestra ira con impetuosidad, se causa en nuestro corazón más turbación de la que ella hubiera causado, y, entretanto, el corazón, turbado de esta manera, no puede ser dueño de sí mismo.

Después de este suave esfuerzo, practica el consejo que San Agustín, cuando ya era viejo, daba al joven obispo Ausilio⁸: «Haz, le decía, lo que un hombre ha de hacer; que si te ocurre lo que el hombre de Dios dice en el salmo: mi ojo he turbado con gran cólera, acudas a Dios y exclames: ¡Señor, ten misericordia de mí!⁹, para que extienda su mano y reprima tu enojo». Quiero decir que cuando nos veamos agitados por la cólera, invoquemos el auxilio de Dios, a imitación, de los Apóstoles cuando se vieron en peligro de zozobrar, por el viento y la tempestad, en medio de las olas; pues Él mandará a nuestras pasiones que se calmen, y se seguirá una gran bonanza¹⁰. Pero te advierto que la oración que se hace contra la ira impetuosa del momento, ha de ser suave y tranquila, jamás violenta; cosa que es menester observar en cualesquiera remedios que se empleen contra este mal. Después, enseguida que te des cuenta de que has cometido un acto de cólera, repara la falta con un acto de dulzura, hecho inmediatamente con respecto a aquella persona contra la cual te hayas irritado. Porque, así como es un excelente remedio contra la mentira, retractarse enseguida, así también es un buen remedio contra la cólera repararla inmediatamente, con un acto de amabilidad; porque, como suele decirse, las heridas se curan con más facilidad cuando están frescas.

Además, cuando te sientas sosegada y libre de cualquier motivo de ira, haz gran provisión de dulzura y de bondad, diciendo todas las palabras y haciendo todas las cosas, grandes y pequeñas, de la manera más suave que te sea posible, recordando que la Esposa, en el Cantar de los Cantares, no sólo tiene la miel en sus labios y en la punta de la lengua, sino también debajo de la lengua, es decir, en el pecho¹¹, y no solamente tiene miel, sino también leche, porque además de tener palabras dulces con el prójimo, conviene tener dulce todo el pecho, es decir, todo el interior de nuestra alma. Y es menester tener, no solamente la dulzura de la miel, que es aromática y olorosa, es decir, la suavidad en el trato con los extraños, sino también la dulzura de la leche con los familiares y con los más cercanos a nosotros, contra lo cual faltan en gran manera aquellos que en la calle parecen ángeles, y en casa parecen demonios.



Renovemos nuestros propósitos con estos nuevos Ejercicios

¡Ave María y adelante!

⁸ Ep, CCL, 3.

⁹ Salmo 31, 10

¹⁰ Mateo 8, 24-26

¹¹ Cant., 4, 11